

Cómo Perdió Europa la fe en su Propia Civilización

Acosado por la culpa cristiana, el continente no defenderá a los cristianos perseguidos por los islamistas.

Por Frits Bolkestein. Wall Street Journal, 4 de junio de 2011 ¹

Este año los líderes de Francia y Gran Bretaña declararon que las políticas sobre multiculturalismo de sus países han fracasado. Cuando Ángela Merkel hizo declaraciones similares el año pasado respecto de Alemania, Nicolas Sarkozy y David Cameron desataron una tormenta política.

El debate europeo sobre el multiculturalismo y la forma de tratar con los inmigrantes no europeos solamente intensificará la plenitud de los efectos de la primavera árabe en nuestro continente. Pero vale la pena repasar cómo llegamos a este punto —cómo fue que se volvió tan polémico que un líder occidental afirmara su preferencia por su propia cultura—. En síntesis, ¿cómo perdió Europa la confianza en su propia civilización?

Nobles tradiciones occidentales como la autoevaluación y la autocrítica con frecuencia se han degradado en formas modernas de autoflagelación sentimental. Basta considerar a África, de cuyo subdesarrollo mucha gente culpa a Occidente. Esta culpa por la pobreza de África es un sentimiento que subyace en la ayuda occidental para el desarrollo. Pero la interrogante que debemos hacernos no es “¿Por qué son pobres los países pobres?”; la pregunta correcta es: “¿Por qué son ricos los países ricos?” Al principio todos éramos pobres.

Quien quiera estudiar el surgimiento de Occidente y las raíces de nuestra prosperidad debe remontarse al Renacimiento, si no a la antigüedad clásica. La colonización de África no tuvo nada que ver con eso. Hasta finales del siglo XIX la mayor parte de África, la interior, era inaccesible. Los colonizadores europeos también llegaron tarde al norte de África y al Oriente Medio, que durante muchos siglos estuvo bajo el dominio otomano. Europa no es más responsable del subdesarrollo de África de lo que Roma lo fue respecto del subdesarrollo de la Galia.

Mucha gente tiene gran simpatía por el pueblo palestino, lo que resulta comprensible porque su situación es de hecho lamentable. Pero, ¿a quién preocupa la gran cantidad de cristianos en el Oriente Medio? Su situación es tan lamentable como la de los palestinos, si no es que más.

1. http://online.wsj.com/article/SB10001424052702303745304576361440848770266.html?mod=googlenews_wsj

Al menos 10% de la población egipcia es cristiana (copta). Son reprimidos y con frecuencia viven en la miseria. Las minorías cristianas en Siria, Irak y Pakistán también están discriminadas. En Somalia, los islamistas cazan a cualquier persona en posesión de una Biblia, sin embargo, no hay visos de que a nadie en Europa le inquieten estos crímenes. Con las excepciones de Polonia e Irlanda el cristianismo parece ser una fuerza gastada en Europa. Pero para los cristianos en Asia, África, Arabia y más allá, no se trata de la religión anémica que se ha vuelto aquí. Con razón los cristianos del Tercer Mundo se sienten abandonados.

Si tuvieran alguna duda acerca de la importancia del cristianismo en la vida occidental contemporánea, estos cristianos no europeos no tienen más que mirar hacia lugares como Oxford, en Inglaterra. Allí, en una tierra con una iglesia cristiana establecida, la municipalidad ha decidido sustituir la Navidad con un “Festival de la Luz Invernal”. Según un portavoz, de esta manera garantizan igual atención a todas las religiones.

Los europeos no siempre se odiaron tanto. El siglo XIX vio el clímax del imperialismo, y Europa rebosaba de confianza en sí misma. ¿Qué ocurrió? El siglo pasado fue testigo del cataclismo de la Primera Guerra Mundial, el surgimiento de las dictaduras colectivistas durante el período de entreguerras, la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, el estalinismo y el caos social de 1968. Estos eventos erosionaron nuestras certezas culturales y marcaron el comienzo de la era de la multiculturalidad, que nos insta a “no juzgar” lo que es diferente.



David Gothard

Irónicamente el otro fundamento de nuestro actual masoquismo es el mismo cristianismo del que las generaciones modernas están ansiosas por deshacerse. Nos guste o no, nuestra civilización sigue profundamente marcada por el cristianismo. Considérese el Evangelio de San Mateo, que reza “Porque todo el que se ensalce, será humillado, y el que se humille, será ensalzado” (23:12); algo que Friedrich Nietzsche caracterizó como una “moralidad esclava”. Pero no hay que ir tan lejos para darse cuenta de que este versículo, así como las

instrucciones para “poner la otra mejilla” y “hacer un esfuerzo adicional”, no es exactamente lo que mueve a la gente para que sobresalga por su cuenta.

Si es posible describir a la civilización islámica como la cultura de la vergüenza, el cristianismo es la cultura de la culpa. Basta escuchar *La Pasión según San Mateo* de Bach: El coro —es decir, la gente— canta “Seré castigado por lo que [Cristo] ha sufrido” y “Tú no eres pecador, como no somos nosotros ni nuestros hijos”. El orgullo se unió a la culpa y en Europa pronto llegamos a creer que la paja en el propio ojo era más pesada que la viga en el ajeno.

Esto no sería un problema si la carga de la mala conciencia viniera con el desagravio, el perdón, la confesión, expiación o cualesquiera de las otras formas teológicas o litúrgicas para purgar la culpa del pecador. Anteriormente, el catolicismo y el luteranismo proveían formas de expiar la culpa, pero en Europa estas tradiciones ya no tienen credibilidad. Los sentimientos de culpa no se subliman. Algo que también es válido para el calvinismo, cuya forma más pura no conoce la remisión de la culpa en esta vida. Sus efectos han sido profundos en Europa y sobreviven a la doctrina.

En tales circunstancias, en 1996, el gobierno holandés declaró que su “debate sobre el multiculturalismo debe partir del principio de que las culturas tienen el mismo mérito”. Y así ha sido desde hace años. En 2002, el político de derecha Pim Fortuyn fue asesinado durante las elecciones nacionales, tres meses después de que propuso eliminar de la constitución holandesa una cláusula contra la discriminación.

Al día siguiente de su asesinato, el editor en jefe de la NRC-Handelsblad, un periódico holandés líder, escribió que “El orgullo de los Países Bajos es precisamente que no consideramos a una cultura mejor que otra”. Aparentemente el escritor no se dio cuenta que su orgullo exaltaba a la cultura holandesa sobre las demás, supuestamente en contra de los valores nacionales.

Y en 2009, cuando Pieter van der Horst, teólogo de la Universidad de Utrecht, quería dedicar su discurso de despedida a “la islamización del antisemitismo europeo”, la institución se lo prohibió, dejando que el miedo al desagrado Islámico tuviera prioridad sobre otro derecho supuestamente protegido en Holanda: la libertad de expresión.

Los efectos de la culpa cristiana y el auto-odio europeo pueden ser vistos en todo el mundo, una vez que otras culturas los han recogido y utilizado en contra de Europa. Después de la Segunda Guerra Mundial, Occidente creó las Naciones Unidas, en parte, para debilitar su propia hegemonía. En 30 años, la ONU ha desarrollado una mayoría automática inclinada a castigar a Occidente y a Israel. El Consejo de Derechos Humanos de la ONU, con sede en Ginebra, eligió al líder libio Muammar Gadafi para unirse a sus filas y juzgar el estado de las libertades civiles de los demás.

Durante 13 años la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, fue dirigida por el maestro senegalés Amadou-Mahtar Mohtar, un anti-occidental virulento respaldado por los soviéticos, que dirigió la organización como si se tratara de una aldea africana y él fuera su líder tribal. En 1984 Estados Unidos se retiró de la UNESCO y en 1985 el Reino Unido y Singapur siguieron el ejemplo. Las naciones de Europa continental se mantuvieron y como era de esperar, se sometieron al castigo.

Tanto mejor que un puñado de líderes europeos estén ahora tratando de revertir nuestro lento suicidio cultural. Si Europa puede rescatar el orgullo a partir de sus genuinos valores clásicos, el continente y el mundo estarán mejor.

El escritor Bolkestein es un político retirado holandés de centro-derecha.

S BOLKESTEIN